

II

La lluvia seguía negándose á las súplicas del terruño. No sólo estaba perdida la cosecha de la estación, las venideras iban á perderse también, si aquello continuaba. Epocas de miseria dibujábanse en el futuro, aumentando las tribulaciones actuales. El jornal no era, como hasta entonces, solicitado limosneramente. En la súplica mendicadora vibraba la amenaza. Los jornaleros se reunían sobre la plaza pública formando multitud, que se desparramaba por la villa en grupos tumultuarios. Uno de ellos pidió, con rebelde actitud, trabajo, á la puerta del Consistorio.

Las mujeres de los obreros recorrían las calles maldiciendo del cielo que no mandaba á las nubes llover; y lo que era peor, de los ricos que se encojen de hombros ante el infortunio del pobre. Los chicos merodeaban por los huertos, robando los frutos, desgajando las ramas, escamoteando en los corrales huevos y gallinas. Si amos ó guardianes acometían á la turba rapiñadora, ésta no escapaba; hacíaes frente, sosteniendo á cantazo limpio su derecho á comer.

De no hallar un expediente que aplacara á los necesitados, ocurrirían lances desagradables. En el casino no podían tener las ventanas abiertas cuando llegaba la hora de cenar. Los hambrientos se arremolinaban contra ellas, prorrumpiendo en sarcasmos, en frases irónicas que agriaban los manjares en el estómago de los glotones. Dos ó tres robos se contaron en los comercios. El alcohol seguía incendiando aquellos cerebros empobrecidos por la anemia. Fuerza era prevenir el conflicto.

El Ayuntamiento arbitró socorros; las casas ricas repartieron jornales y gazpachos. Don Anselmo escribió al ministro; éste remitió un par de miles de pesetas que se distribuyeron por mitad entre los ayunos y los encargados del reparto.

—Se hace lo que se pué—decía don Anselmo, en su tertulia casinera—pero no basta. A esta gente hay que deslumbrarla, que entretenerla, que ponerle la confianza en algo muy grande, aunque el algo se tarde en venir ó no venga. La cuestión es que esperen. Después, ya se verá. Vamos á reunirnos esta noche en mi casa. Allí decidiremos.

Fué la reunión magna, sin que faltara á ella uno solo de los lugareños primates. Acudieron quienes los tenían con esposas y vástagos. No faltaron la viuda rolliza y las dos hijas de Antoñote. Presidió don Anselmo, acompañado de doña Teresa y de Julia. A la vera de ésta posó el padre Ricardo, hecho purísimo merengue. La viuda ponía cara de vinagre á las carantofías del clérigo y se revolvía sobre su silla nerviosa, despechada, con los ojos en amenaza y la boca en despreciativo mohín. Menos mal que Juani-

to enhebró plática con ella. A poco diálogo estaba la viuda roja como una guinda, entornada de ojos y abierta de oídos á las picardías del truhán. Tocóle entonces al padre Ricardo torcer el gesto y crispar los puños contra la elegante sotana. Emparejado era en su desazón por la hija de Antoñote que, menos diplomática, resollaba fuerte y se abanicaba con furia. En uno de los zarandeos, crugieron las varillas y saltó roto el abanico.

—Bueno, señores—exclamó don Anselmo, echándose entre pecho y espalda un chato de aguardiente.—Hay que hablar sin arrodeos ni pamplinas. Esto se pone malo. El señor Dios ha dao en no llover; la canina se nos ha metió en el pueblo y vamos á tener, á falta de otra, una cosecha de esaboriciones. La hambre es muy mala y esta gente campesina muy bestia. Si no ve esperanza pa sus tribulaciones nos pué dar un disgusto. Ahora sí, como créulos, son tan créulos como bestias; y como conformarse, con poco se conforman. En poniendo al pico de sus uñas unas migajas ó en abriendo á sus esperanzas un claro, por angosto que sea, se les manda tal que á borregos. De eso, de echarles alviento las migajas y de esperararlos en tan y mientras la lluvia cae, tenemos que tratar. ¿Estamos conformes?

—Conformes—respondieron los tertulios á coro.

—Yo—prosiguió el cacique—me presto á cualquier resolución, dentro de mis fuerzas, es claro.

—Tós nos prestamos—interrumpió Antoñote.—El Ayuntamiento...

—Déjate ahí de historias, Antón. El Ayuntamiento está más entrampao que Carracuca. A la hora de

ahora no tié de ande sacar dos perras. Ha hecho su posible y cuasi, cuasi más. Nosotros, los presentes, su algo hicimos también y algo podemos aún. Sólo que los necesitaos son muchos. Por muy anchas que tenga las espaldas uno, no pué cargar con tó.

— Gran virtud es la caridad—dijo el padre Ricardo.—Sobre todo —añadió, dirigiéndose á Julia,— puesta en manos tan nobles como las de este generoso concurso.

— Sí, sí—tartamudeó Lucas,—pero la caridad bien entendida, por uno mismo empieza. Cada cual tiene su obligación. Por mucho que se haga... De mi parte algo haré, si ustedes se empeñan; sólo que, ya se lo he dicho á éstas, á mi mujer y á mi cuñada, cuando han querido alargar el brazo más allá de la manga: "Nada de excesos, ¿eh?," Los excesos son malos en todo.

— Por eso tiene á su mujer y á la hermana de su mujer, á media ración—dijo Juanito al oído de la viuda, que rompió en una carcajada.

— De todas suertes —agregó el secretario del Ayuntamiento,—ni el Ayuntamiento ni ustedes podrán resolver el conflicto. Son muchos los hambrientos y más rebeldes que suponen ustedes. Tienen poca resignación. El virus revolucionario que les inculcara Manuel les retoza en la sangre. Estas crisis no las resuelve el esfuerzo particular. Las arcas del tesoro no se hallan en condiciones para limosnas de cuantía, ya lo dijo el señor ministro en la carta con cuya lectura nos honró don Anselmo. La salvación está en las nubes, y las nubes no llevan trazas de venir por estos andurriales. El barómetro no las acusa.

A falta de nubes del cielo habrá que ir pensando en guardias civiles de la tierra. Concentrar aquí un centenar de ellos, le será al Gobierno más fácil que enviarnos un centenar de miles de duros. Con los fusiles á la vista, aunque el hambre arreciara, los hambrientos se mirarían más de un poco.

— No está mal—murmuró don Anselmo.

— Es muy cruel—exclamó la mujer de Lucas—cerrar á tiros bocas abiertas por la necesidad.

— ¡Tú te callas!—murmuró su marido.

— ¡La verdad es—dijo doña Dolores—que como la virgen del Carmen no nos haga un milagro...!

— ¿Y por qué no ha de hacerlo?—respondió Julia, que era católica ferviente. — Otros mayores ha hecho. Fama de milagrera y bien ganada, tiene en la provincia!... ¡Si acudiésemos á la Virgen!... ¡Si la sacáramos en procesión!

— Mira—habló el conde—tu idea es superior. La procesión puede ser un recurso, un magnífico compás de espera. Mientras se anuncia y se prepara y se verifica, pasan ocho días. Durante ellos aguardará esa gente. Hasta es muy posible que llueva.

La procesión quedó acordada. A pregón se anunció para el primer domingo. Acudiría á ella todo el señorío. Llevarían bajo palio á la Virgen, en andas adornadas con flores, á sones de música, con el Concejo en pleno de escolta. Las casas amanecerían colgadas. El que no tuviese colgaduras, que amarrara al balcón las colchas.

Para la tarde del sábado se dispuso una rogativa, un viaje á la iglesia del Carmen, donde arderían centenares de cirios y tocaría el órgano y predicaría el

padre Ricardo. En la mañana del domingo, misa mayor, con sermón, y órgano también. El Santísimo estaría de manifiesto. Dos señoras velarían junto á él relevándose de hora en hora. De rodillas haríase la vela.

A más de tales ceremonias, el domingo, después de misa, se pondrían mesas en el claustro y se daría un almuerzo á los pobres, servido por las señoritas más jóvenes y más gentiles. Al volver de la procesión, era acuerdo de los ricachos que las tabernas despacharan el vino gratis: como en las elecciones. Quizá que como en las elecciones no faltaran los estacazos. Variaría la hora de repartirlos.

Si con este programa no se conformaban los pobres ¡ya eran malos de contentar!...

Antoñote propuso que el domingo, de mediodía á cuatro de la tarde, se corrieran vacas por la calle. Menester fueron todas las influencias de Julia y del padre Ricardo para que el propósito del alcalde no se hiciera realidad; para que no recogiera la virgen en sus andas de flores, rojas salpicaduras; para que no resucitara ante ella el espectáculo de los cultos bárbaros, de las víctimas humanas sacrificadas en honor del ídolo al pie de las aras, barnizadas con sangre.

La procesión triunfaba. La lluvia caería por mandamiento de la Virgen. Sólo algún que otro "hereje," se encogía burlonamente de hombros al hablar del asunto.

Para las mujeres de la clase alta y de la baja el hecho era indudable. El milagro ocurriría apenas pusiera pies en calle la Santísima Virgen. Gran tor-

peza fué no acudir á su intercesión antes y con antes. ¡Bendita Julia, que tuvo la ocurrencia! Inspiración fué de la propia Madre de Dios. Bien empleado les estaban á los pobres el sufrimiento y las miserias por no acordarse de su excelsa patrona; por no dirigirse á ella, por tenerla, como la tenían, olvidada, sin llevarle un ramo de flores, una vela de cinco céntimos. ¡Consecuencias de no rezarle, deno oír su misa, de no echarse á sus pies, de olvidar que, según probaban los ex-votos pendientes en los muros de su capilla, siempre acogió á quienes pusieron su confianza en ella!

Un fanatismo agudo, una calenturienta fe se apoderó del mujerío.

Las ricas formaban tertulias para rezar letanías, rosarios y oraciones; para cantar las excelencias de la Virgen morena encontrada en la sierra por unos pastores después que se fueron los moros. ¿Milagros? ¡A puñados se le contaban! ¡Bien patentes estaban! Dijéralo, si no, el ex-voto de aquella madre del marino, que en un día de tempestad, temiendo por la vida de su hijo, ofreció á la Virgen un barco de cera si el pescador arribaba sano y salvo á la playa. Fué su barca la única que libró, pasando por encima de las olas como por una balsa de aceite, conducida por la propia Virgen, que evitó los escollos y guió con sus blancas manos invisibles el timón y la vela.

Pues ¿y el ciego que recobró la vista? ¿Y el mudito que rompió á hablar en la capilla? ¿Y la baldada que echó á correr á la cuarta salve? Del muro pendían sus muletas. ¿Y éste? ¿Y el otro?... Cada cual recordaba un milagro y todas se atropellaban en decirlos,

en ensancharlos, en amontonarlos para hacer con ellos pedestal al milagro nuevo, al que advendría en forma de nube, calando la tierra, limpiando las hojas de los árboles, haciendo revivir tallos, frutos, simientes; devolviendo á la campiña sus encantos y su fecundidad sin más esfuerzo que una palabra y un ademán de la emperatriz de los cielos.

En las casas pobres, en las reuniones de patios y puertas de calle, se hablaba de lo propio, si no con más entusiasmo, con mayor vocerío. Las viejas ahullaban el nombre de la Virgen; las mozas cantaban himnos grotescos en su honor; juntas viejas y jóvenes rezaban estrambóticas oraciones. No había hogar, por humilde que fuera, donde no ardiesen ante la imagen dos ó tres lamparillas. Antes de acostarse oraban las mujeres con los brazos en cruz. Los hombres roncaban el vino ó seguían la oración de las hembras, acariciados por vagas esperanzas. No eran éstas creencia firme en el milagro. Eran un "quizá,, un "tal vez,, cobardes. Se abstenián de negar al recelo de que se cumpliera el prodigio para todos menos para ellos; de que, por un milagro á la inversa, quedaran ellos exceptuados en el reparto general de mercedes.

A las oraciones y cánticos uníanse en todas las viviendas los preparativos para el festejo celestial.

Las señoronas abrían sus cofres, sacando los trajes de seda, las negras mantillas de encaje, los estuches de joyas; los hombres enviaban al sastre sus levitas y pantalones. Los sombrereros no daban abasto á su parroquia, lustrando chisteras, recogiendo ó achicando alas, alisando sedas, reponien-

do forros, dando apariencias de última novedad á modelos antidiluvianos.

Las señoritas ayudaban á sus jardineros en la confección de ramos, en la rebusca de flores y capullos. Cortaban papeles de colores para rizarlos y adornar los cirios que habían de lucir en las andas; manteaban por las ventanas colgaduras y grecas; limpiaban los farolillos destinados á la iluminación; iban y venían del claustro á sus viviendas y de sus viviendas al claustro, al objeto de preparar mesas y cubiertos y platos para la comida de los pobres. Los jóvenes reuníanse en el casino, apostando á quién regalaría más y mejores vinos, más fumables mazos de puros. El polvorista confeccionaba haces de cohetes, cuatro ruedas enormes y un "castillo,, simbólico, donde aparecería la Virgen sobre un prado de luminicas hierbas. En este prado caería, sin tocar, por supuesto, á la imagen, una lluvia de lumbre. Al final, la imagen resplandecería con todos los colores del iris y se desvanecería tras una cortina de fuego. Truenos y rayos acompañarían su desaparición. Un gran trueno, "una bomba,, remataría el espectáculo.

La gente pobre procuraba adornar su miseria, enriquecer sus trapos con repujaduras de remiendos y espumas de jabón.

Colchas y mantones se aireaban para perder arrugas y hacer papel airoso, en barandales y azoteas. Las mocitas replanchaban sus enaguas y faldas, sus chambras y corpiños; lustraban sus zapatos; regaban sus tiestos en demanda de flores para compostura de moños. Las maridadas quitaban manchas y dobleces á la ropa de sus varones. Todos parecían

felices. La esperanza en el milagro les hacía olvidar sus miserias, sus esclavitudes de siempre. Dijérase que había concluído el dolor; que una era nueva, abierta por Dios en persona, garantizaba á ellos y á sus hijos la abundancia y la felicidad hasta el fin de los mundos.

III

Tras la rogativa del sábado, en la que el padre Ricardo pronunció uno de sus más gloriosos sermones, amaneció el día solemne.

Era la iglesia un ascua de oro. Por docenas se contaban los cirios ardientes en el altar de la Virgen del Carmen. Esta, sobre sus andas, alfombradas con flores, sonreía á los fieles. Un Dios-niño se reclinaba en su hombro. Era un chicuelo rubio, gordinflón, de pupilas azules. Un gran manto, bordado en oro, regalo de doña Teresa, caía desde los hombros á los pies de la imagen, formando anchos pliegues, arrastrando en cola por la floreada tarima. Vestía la madre de Jesús túnica de raso, bordada con perlas. En los dedos ostentaba deslumbrantes anillos; dos solitarios relucían en sus orejas; sobre su frente descansaba una corona de pedrería y oro.

Las andas, tapizadas en rojo, eran de poca altura, á propósito para que el palio cubriese á la Virgen, sin que sus portadores alzarán más de una cuarta del suelo las varas de precioso metal.

Finada la comida en el claustro, comida que apenas tocaron los pobres en su vergüenza de que les

servieran señoritas, y dormida la siesta, comenzó el desfile procesional, á los sones del órgano, entre cánticos que bajaban del coro y se perdían espaciados, solemnes, por la bóveda de granito. La procesión dió vuelta á las naves laterales, y enfrentando con la central, hizo rumbo á la puerta; coreada fué por el rezo de la arrodillada muchedumbre.

Iban delante las mangas y cruces parroquiales; las cofradías, con sus estandartes en alto. Tendidos en hilera doble, junto á cruces, mangas y cofradías, marchaban los niños y niñas de las escuelas públicas, vestiditos de limpio, muy serios, muy satisfechos del juego que les ofrecía la devoción. Niños más pequeños, infantitos que apenas se tenían en pie, caminaban entre los cofrades, vestidos de ángeles, de San Juanitos, de Jesuses y Virgencillas, en paradisiaco carnaval.

La Virgen se balanceaba suavemente sobre el tapiz rojo de las andas, con su eterna sonrisa, con su manto bordado de oro, con su regia corona ceñida á las sienas, con su hijo-Dios reclinado en el hombro. A sus pies florecían nardos, rosas, claveles, pensamientos, jacintos... una canastilla gigante que eclipsaba con sus perfumes el olor del incienso. Sobre su cabeza ondeaba el palio sostenido por ocho varas argentinas, que empuñaban Juanito, Lucas, el secretario del Ayuntamiento, el primer teniente de alcalde y cuatro cofrades de rango. Precediendo y rodeando á la Excelsa, iban las señoras y señoritas luciendo ricos trajes, adornando sus cabezas con mantillas de blondas, sosteniendo con sus manos enguantadas blandones cubiertos de cintajos y pape-

lillos. Tras el palio seguían el padre Ricardo y dos sacerdotes, revestidos con estrepitosas casullas. A continuación, don Anselmo, los jefes de liberales, republicanos y demócratas; el juez, el notario, el teniente de la guardia civil... todos los notables. Cerraban cortejo los ediles presididos por Antoñote. En pos de ellos se agrupaba la multitud, dando vivas á Nuestra Señora del Carmen, y gritando con suplicante voz: ¡Agua, Señora, agua!...

Las calles, doradas por el sol, hervían de gente. Desde balcones, ventanas y azoteas caían sobre el palio flores, papelillos de papel repiqueteado, serpentinatas, ramos de naranjo y laurel... Las filas de hembras y varones, abiertas al paso de la imagen y sus acompañantes, cerrábanse tras ellos aumentando el agolpamiento, el griterío, la locura de aquel enjambre que encomendaba al cielo la felicidad humana encima de la tierra.

Al llegar á los barrios pobres aumentaron el vocerío y el tumulto.

El desfile del señorío arrancaba vítores en su honor. Hombres en pleno estado de embriaguez, salían de las tascas empuñando vasos de vino que ofrecían al ídolo con mano temblona y voz ronca; apuraban el vino de un trago y se arrodillaban tambaleantes, mezclando en sus labios la oración con los espumarajos, destilando por sus ojos turbios el alcohol hecho lágrimas. Mozas de bronceada tez, se dirigían también al ídolo, deteniéndolo en su viaje triunfal con un ademán de los brazos. Descansaban las andas, hacía en la muchedumbre silencio, y por boca de la moza brotaba la saeta quejumbrosa,

triste, mendicante. Sus notas vibraban en el aire, bajo un cielo azul donde moría el sol con resplandores calcinantes de hoguera.

Madre del divino Dios,
trae nubecicas del cielo
pa que no mueran de sé
los que en tí esperan consuelo,
y viven de tu mercé.

—¡Olé! ¡Viva!... ¡Viva la cantaora! ¡Viva la señora Virgen del Carmen!—ahullaba el gentío á la conclusión del cantar. —¡Trae agua á nuestros campos, reina y madre de Dios!

En los límites de la población se retiró la parte selecta del cortejo. No era cosa de empolvase la ropa y dar martirio á los zapatos andando por cima de los surcos. En sus casas aguardarían el retorno.

La procesión echó hacia el campo acompañada por los designados de oficio y por el tropel jornalero.

Al desembocar en la campiña, al tenderse la multitud por el terruño agostado y sediento, aumentaron el clamoreo y las súplicas demandadoras de agua. Ya no era procesión aquello, era un revuelto mar, sobre el cual flotaban las andas y se balanceaba bruscamente la Virgen. Brazos limosneros se tendían hacia ella, bocas contraídas por el entusiasmo reclamaban su intercesión. El terruño gemía, pulverizándose bajo los recios zapatones; nubes de polvo subían á la atmósfera como sucias salpicaduras del oleaje humano.

El cielo, de un azul sombrío, era enorme dosel

tendido sobre la bermeja cabezota del sol. Al brillo de éste palidecieron hasta no ser visibles las luces de los cirios. Los brocados del palio, de los pendones y estandartes se enmatecieron, se confundieron en un sólo matiz cobrizo. La figura de la Virgen se recortaba en negro; negro era también el niño rubio. Sin destello quedaron los sortijones de brillantes, los solitarios de la oreja, las joyas del manto. La misma corona perdió su arrogancia ante el astro que esplendía en déspota por todo el inmenso horizonte. Nadie era frente á él sino sombra.

...Y fué al retorno, cuando el espectáculo de la naturaleza cambiöse al brillo postrimero del sol.

Un viento huracanado sopló desde las cumbres. Al lejos puntearon cárdenas nubecillas, donde rojeaba el relámpago. Aquellas nubes se espesaron, avanzaron rápidas y fueron cubriendo lo azul. Un gran trueno estalló entre los nubarrones, partiéndolos á golpe de centella; anchas gotas de agua cayeron contra la tierra al impulso del huracán. Rugió éste más fiero; brilló más intenso el relámpago; lucieron más siniestros los rayos; hizose el nublado más compacto, más pleno, y la muchedumbre, entre medrosa y satisfecha, cayó de rodillas, trémula, sollozante, besando los terrones húmedos y gritando á una voz:

— ¡Milagro!... ¡Milagro!...

Pronto el espanto se sobrepuso á la adoración. Un relámpago abrió el nublado en dos cortinones monstruosos; por entre ellos se descubrió un cielo incendiado, donde las exhalaciones se perseguían, se embestían, chocando unas contra otras en fosforescen-

te pelea. A su lumbre vióse temblar en las cimas serranas los témpanos de hielo; oyóseles crujir, desgarrarse, rodar con espantables ecos. El huracán se desencadenó desgarrando los árboles, arrancando los matorrales, arrastrándolos en montón. Un trueno inconcluible hizo temblar la atmósfera; la lluvia bajó en catarata de las nubes; rumores siniestros subían de las entrañas de la tierra. Esta se estremeció; un temblor epiléptico se apoderó de ella haciéndola oscilar y abrirse como si fuera otra gran nube, que á cuenta de agua y rayos escupía chorros de vapor y partículas llameantes.

La multitud huyó abandonando mangas, estandar-tes, cruces, pendones, atenta á su salvación nada más. Unos caían volcados por los temblores del terruño, otros aplastados por el desarraigo de un tronco. Iban éstos sin dirección, empujados por el huracán; aquéllos arrastrándose como reptiles. Todos se perdieron en fuga, lanzando ayes, prolongando súplicas, recortando blasfemias...

Allá fueron, flotando sobre los ríos que las aguas torrenciales formaban, el palio, en oro y aljófares bordado, las andas, tapizadas con flores. La virgen morena, oprimiendo con su brazo al niño rubio, como si quisiera protegerle contra la catástrofe, flotó un segundo en la corriente; un rayo alumbró sus vestiduras principescas, sus joyas de sultana, su corona y manto reales.

A sus pies nuevos sacudimientos abrieron un abismo. Hacia él fué rodando la imagen. En él desapareció, absorbida, devorada, engullida, sin dejar rastro.

IV

Poco antes de comenzar aquella noche, María sintió dolores que dilataban sus caderas haciendo sus huesos recrujir.

Estaba sola en su vivienda, retirada un kilómetro del carbonero rancho. Manuel salió en busca de caza al alborear; de fljo no tornaría hasta bien puesto el sol.

No esperaba ella que "la cosa," fuera tan pronto. El lance la iba á coger desprevenida, acaso sin auxilios de nadie. Hizo un esfuerzo para levantarse de la silla y dirigirse al rancho en busca de alguna compañera que la ayudara á salir del apuro. Al llegar junto á la puerta acrecentaron sus dolores y hubo de tirarse contra la cama, lívida, rechinando los dientes.

Aquel dolor cesó, permitiendo á María enderezar el cuerpo y contemplar su rostro en un espejillo de mano, á la postrera luz del sol. Una palidez terrosa se extendía por sus facciones; sus grandes ojos parecían desgarrar los párpados; las ojeras bajaban hasta la mitad de los carrillos como dos manchas de carbón; blanqueaban los labios, y por el pelo, junto